



LA CONVERSIÓN PASTORAL DESDE LAS PERIFERIAS SEGÚN EL PAPA FRANCISCO

ANDREA RICCARDI

Seminario Conciliar de Madrid
10 de Mayo de 2017

LA CONVERSIÓN PASTORAL DESDE LAS PERIFERIAS SEGÚN EL PAPA FRANCISCO

Estoy muy contento de estar aquí porque la Iglesia de Madrid es una relevante encrucijada para el cristianismo europeo, no sólo porque de Madrid vienen experiencias y figuras significativas, sino porque la calidad de la vida espiritual y eclesial de esta gran Iglesia tiene un relieve especial para los cristianos europeos, en la buena batalla de conservar la fe comunitaria al Evangelio y vivir la caridad. Pero hay otro aspecto menos conocido que hace significativa a mis ojos la Iglesia de Madrid: es una Iglesia de mártires. Con Juan Pablo II, bajo su impulso personal, he estudiado la historia de los nuevos mártires y estoy convencido que debemos abrir con más fe el testamento que nos han legado y que han legado a esta Iglesia madrileña.

Nuestro encuentro de hoy es un encuentro pascual. Las pascuas de nuestra vida no son infinitas, sino un número limitado y todas diferentes: aquellas ingenuas de la infancia, de los momentos difíciles, o de gran alegría. Las pascuas de nuestra vida no son infinitas. Nunca iguales aunque sólo sean porque iluminan un mundo que cambia, no siempre es fácil encontrar a Cristo resucitado, los ojos de los discípulos están asustados y se dirigen al pasado. Muchas veces consideramos el Evangelio y el cristianismo como un pasado, un pasado que se conserva en el presente. Los discípulos tienen miedo del presente y cierran las puertas de su casa, el Resucitado penetra las puertas cerradas, va en medio de ellos y habla. De esta forma les proyecta fuera su ámbito, que vayan a Galilea, les manda evangelizar el mundo; encuentra a dos que van camino de Emaús mientras vuelven a la aldea de su pasado; interroga a Pedro desorientado en el lago de Tiberíades, lo interroga sobre el amor por Él y le da de nuevo confianza: *“apacienta mis corderos”*.

El encuentro con el Resucitado hace de Pedro un pastor que de inmediato se ocupa de la suerte de un rebaño poniendo una pregunta al Señor sobre Él, se podría decir que el diálogo entre Jesús y Pedro sobre el amor es un modelo de conversión pastoral. *“Si me amas, sé pastor de mi gente”*, es un modelo de conversión pastoral. El Resucitado llama a los discípulos a salir en medio de las naciones para comunicar el Evangelio, lo encontrarán vivo *“yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”*, si van a predicar a las naciones lo encontrarán vivo, si van. Si salen lo encontrarán resucitado, si salen.

Jesús vivo se encuentra cuando se va adelante, a comunicar el Evangelio, fuera de nuestro perímetro habitual. Jesús está en otro lugar, Jesús está en la periferia de Galilea, Jesús no está en el pasado prisionero en los lugares de siempre. Jesús no está en la defensa o en la conmemoración del pasado hasta el punto que las mujeres escucharon decir al ángel “¿por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado”. ¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?

Por esto siento oportuno hablar hoy de conversión pastoral en esta Pascua 2017. En esta luz pascual el resucitado nos espera en el futuro y en otro lugar, en el futuro y en otro lugar. El resucitado nos espera. Muchas veces, cuando hablamos de la Iglesia, cuando hablamos del cristianismo nos dirigimos al pasado, que tratamos de defender. La secularización irrumpe cada día algo de la herencia cristiana recibida, de esta forma el pasado se convierte en el buen tiempo antiguo del que se tiene nostalgia, y vivimos en el presente como en un tiempo poco acogedor para el Evangelio. Nos encerramos en nuestros ambientes, aceptamos ser una minoría cuyo lugar en el futuro será el serlo aún más. Esto se ve también cuando hablamos de los jóvenes.

El Papa Francisco nos pide sintonizarnos con él y salir de los lugares en los que hemos vivido, de alguna manera la comunión con el Papa significa caminar con él, caminar con él en la historia. Los católicos, por la dinámica profunda de su Iglesia entre tradición y futuro, los católicos no pueden ser misioneros del pasado. Cada Papa nos introduce con su perspectiva en el futuro, es un hecho intrínseco a la dinámica católica. Los católicos no son tradicionalistas en el sentido que no son prisioneros del pasado, los católicos no son personalistas.

En 1967 Joseph Ratzinger interpretaba así el Vaticano II: “*El Concilio marca el paso de una actitud de conservación a una actitud misionera y el concepto conciliar contrario a conservador no es progresista, sino misionero*”. Francisco es misionero, siente la necesidad de una *conversión pastoral y misionera* que no puede dejar las cosas como están, escribe en *Evangelii Gaudium*. En esta perspectiva pide, de forma apremiante, una improporrible renovación misionera entre la gente.

Muchas veces nos llevamos en los bolsillos la verdad y las formas para comunicar la verdad, sin premisa ni ansia, un conservadurismo pastoral, repite lo que se ha hecho y se hará siempre. Todos somos más tradicionalistas y conservadores de lo que creemos, también los que se sienten progresistas, todos somos conservadores. Además, conservar parece algo natural en el mundo global sometido a muchos cambios. La globalización da miedo y nos hace conservadores, en esto se

muestra una dosis de pesimismo sobre el mundo y sobre la Iglesia. Cambiar, buscar, moverse, no sirve de nada, de todas formas el mundo va mal. Se corre el riesgo de perder lo poco que tenemos. En el fondo debemos contentarnos con ser una minoría, una minoría quizá de puros y duros, una minoría.

Sobre los cristianos pesimistas, el Papa dice que su *“opción parece ser la de una Cuaresma sin Pascua”*, eterna Cuaresma. El conservadurismo tiene una raíz espiritual, la pereza intelectual y práctica que nace del rechazo, de la apatía, de cambiar o de hacer un trecho más de camino. Escribe Francisco: hay que *“abandonar el cómodo criterio pastoral del «siempre se ha hecho así»”*. A veces el cristiano o el sacerdote hacen como el hijo mayor de la parábola del padre misericordioso, el hijo mayor, consciente de lo que se ha practicado no se interesa del hermano menor, no está dispuesto a seguir al padre en su misericordia. *“Hace tantos años que te sirvo y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos”*, es un discurso triste de alguien que ha estado en casa pero no ha conocido la misericordia que habita en casa.

A veces algunos sacerdotes dicen: el Papa nos corrige, el Papa nos critica, pero no dice nunca que gracias a nosotros las parroquias continúan. A veces se escucha decir que el Papa es duro, duro con los curas, mientras es tierno con los alejados. Es verdad, Francisco, aun siendo un hombre capaz de ternura, no se explaya en cumplimientos, no es un cumplimentador, no exalta un sacerdocio pero el Papa está convencido de que los sacerdotes son decisivos para una Iglesia capaz de comunicar el Evangelio. El Papa tiene un sentido elevado del ministerio sacerdotal, sin embargo el Papa conoce la fragilidad del sacerdote. Ha dicho al clero romano: *“me gusta repetir que un sacerdote o un obispo que no se siente pecador, que no se confiesa, se encierra en sí mismo, no progresa en la fe”*. Para él, para el Papa, la imagen del sacerdote es Pedro pecador que se convierte en pastor.

Francisco es un pastor del mundo global. Francisco ha intuido en profundidad la situación del mundo del hoy, en profundidad. Viene de una megalópolis, Buenos Aires, donde se manifiestan muchos problemas de la globalización. En él hay una comprensión muy fina de la humanidad de nuestro tiempo. Francisco es un verdadero experto en humanidad. Los cardenales le han elegido porque quedaron impactados de sus palabras: *“La Iglesia está llamada a salir de sí misma e ir a las periferias, no sólo geográficas, sino también a las periferias existenciales: las del misterio del pecado, las del dolor, las de la injusticia, las de la ignorancia y prescindencia religiosa, las del pensamiento, las de toda miseria.”* Las periferias

son un desafío en un mundo que, en 2008 se ha hecho la mitad urbano y de periferias, marcado por procesos de periferización de masas. La periferización es la ausencia de un centro de referencia, moral, social, geográfico. La periferización es la ausencia de lazos. Está el pecado, el dolor, la ignorancia, el desprecio de los religiosos y del pensamiento, todas las miserias –dice el Papa–, con una inclusión dramática.

Francisco no es un optimista fácil, tiene un sentido dramático de la lucha conducida por mártires. Hace dos semanas, en la basílica dedicada a los nuevos mártires en Roma, Francisco ha hablado del “suicidio de Europa”. Francisco sabe que la fe y la humanidad son periféricas a la ciudad, pero pide no tener miedo encerrándose en perímetros eclesiales o haciendo guerras. En el Papa hay mucha confianza, mucha, en la fuerza creativa del Evangelio. *“Dios vive en la ciudad, afirma, en el sentido que la presencia de Dios es más amplia que nuestros circuitos”*. Hay también lejos de nosotros preguntas y oración, una religiosidad difusa que no encuentra interlocutores que ayuden a madurar la fe, hay un mundo de preguntas religiosas.

Hay muchos falsos profetas en un siglo XXI cada vez marcado por una religiosidad vaporosa, se ve con el desarrollo de las denominadas comunidades de la prosperidad o neo protestantes que en América y en África se están convirtiendo en la religión del futuro, también en Europa. Se termina la idea de una ciudad secular en la que la Iglesia es una isla religiosa, todo es más complejo, todo es más ambiguo, pero no cerrado a la fe. Las nuestras han sido sociedades del vivir juntos, en las que la familia ha desempeñado un fuerte papel como red comunitaria. Hoy sin embargo la gente vive sola, una sociedad de individuos a los que con fatiga se puede construir una familia con lazos intermitentes, desafiados por la competición, por la búsqueda fatigosa de trabajo.

La sociedad global tristemente se vuelve menos comunitaria, el hombre y la mujer no viven bien solos, una sociedad de solos, un poco huérfanos, y un poco deprimidos y un poco arrogantes, deprimidos y arrogantes. Crecen los “ninis”, los jóvenes que ni estudian ni trabajan, gente que se encierra en casa. El Papa escribe en la *Evangelii Gaudium*: *“el miedo y la desesperación se apoderan del corazón de numerosas personas, incluso en los llamados países ricos. La alegría de vivir frecuentemente se apaga, la falta de respeto y la violencia crecen, la inequidad es cada vez más patente. Hay que luchar para vivir”*. Cuando la ciudad abandona una parte de sí en la periferia, nunca podrá haber seguridad ni tranquilidad, la ciudad global pierde cada vez más su centro y se dilata a muchas periferias.

No lo digo, amigos, para cotejar al Papa, no repito “periferia, periferia” después de haber repetido “realización”, lo digo sino porque desde hace décadas siempre escribo cómo las periferias son el lugar donde se juegan la fe y la humanidad. Un mundo en el que muere el prójimo, que muere el sentido de comunidad en la tristeza individualista –dice Francisco–. Tristeza individualista que surge de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales de la conciencia aislada. ¿Qué hacer, queridos amigos? El Papa ofrece una implicación simple y preciosa para que renazcan la fe y la humanidad, simple: *“comunicar el Evangelio dejando de lado nuestro aparato ideológico y estructural”*. En cierto sentido este mensaje de Francisco es el último tren, aún si sólo Dios conoce el mañana, sólo Dios, el último tren para viajar a un tiempo nuevo y a un cristianismo amplio y de pueblo. Si perdemos este tren ¿se nos dará otro inmediatamente?, no lo sé, aunque la historia de la Iglesia no es una estación ferroviaria.

Quizá se nos dirigirá la Palabra de Jesús sobre los que no aceptaban a Juan Bautista. *“Él era la lámpara que arde y alumbra y vosotros quisisteis recrearos una hora con su luz”*, él era la lámpara. La lámpara de Francisco ilumina mucho porque entrega el Evangelio y puede conducirnos a una nueva primavera de la Iglesia, para que vuelva a florecer la humanidad fuera de los inviernos. Recibir el mensaje del Papa es mezclarse en la vida del pueblo del clérigo de muchas formas. Francisco nos ayuda en los cambios pero no pretende dar reglas pastorales. Francisco cree que en el mundo existe un pueblo sediento de Dios, aunque con sus contradicciones, existe. En la misión de Pablo, en Corinto, es cuando el Señor le dijo *“no tengas miedo, sigue hablando y no te calles porque yo estoy contigo y nadie te atacará para hacerte mal, pero tengo yo un pueblo numeroso en esta ciudad”*. Dios obtiene un pueblo en la ciudad, que el apóstol no conoce, pero lo encontrará sólo si continúa hablando sin miedo. Dios tiene un gran pueblo en Madrid, sigue hablando y no te calles.

No hay pastoral sin conversión personal. La clave para entrar en la nueva primavera de la Iglesia no es la aplicación de directivas del Papa, sino la conversión. No quiero dar lecciones a nadie, pero sin la conversión personal no hay pastoral. Somos las cinco vírgenes sin aceite ni luz, por esto no vemos bien las preguntas alrededor nuestro. Conversión es una renovada acogida en la fe de la Palabra de Dios; conversión es crecer y dejar crecer la Palabra en la vida. El cristiano es, antes que nada, un discípulo. Convertirse es volver a ser discípulo, crecer interiormente y dejar crecer la Palabra. Gregorio Magno decía: *“en la medida en que cada santo progresa personalmente, en esa medida la Sagrada Escritura misma progresa dentro de él”*.

Esta dinámica viene a reflejarse en el seno de toda la comunidad eclesial: el crecimiento espiritual de uno irradia sobre los demás. Estamos llamados a crecer. El Papa afirma: “*no se nos pide que seamos inmaculados, pero sí que estamos siempre en crecimiento*”. No inmaculados, pero en crecimiento. La Palabra de Dios nos restituye el corazón, recordad cómo de vuestra predicación de Pentecostés, a los de Jerusalén se les traspasó el corazón, después de la predicación se les traspasó el corazón. Estamos en una sociedad en la que se pierde el corazón, se vive sin corazón, ser emocionales no quiere decir tener un corazón, moverse por emociones no quiere decir tener un corazón. La Palabra de Dios restituye el corazón.

Antes que nada, la Palabra de Dios restituye al corazón y hace ver a los demás con el corazón, ver con el corazón, ver a los pobres que son descubiertos como amigos, no como clientes de las instituciones caritativas. Quien ve con el corazón se da cuenta de los más periféricos: los pobres. Jesús se conmueve ante las multitudes –dice Mateo– vetadas y abatidas como ovejas que no tienen pastor. Implica en su mirada misericordiosa al discípulo que ha reencontrado el corazón. Se podría decir que la pastoral es la implicación en la mirada misericordiosa de Jesús. Todos pueden ser implicados en esta mirada si tienen corazón, los discípulos se agitan por el gran número de personas a las que hay de comer en un lugar desierto y dicen a aquel soñador de Jesús, ¿cómo hacernos en un desierto con pan suficiente para saciar a una multitud tan grande? Jesús responde “*dadles vosotros de comer*”, tú puedes hacerlo. Quien piensa en el agua como un circuito, él mismo deberá dar de beber a la gente, ocuparse de los demás con mirada pastoral y misericordiosa. De esta forma encuentra también colaboradores y otros obreros.

La amistad. Esto pide al pueblo cristiano: que cada uno viva con el corazón la relación con los demás, cada uno en un cierto momento o lugar cada uno es insustituible, está llamado a discernir las interioridades profundas, a leer las preguntas. El sueño de una Iglesia del pueblo no es sólo sin límites, sino del pueblo capaz de una mirada misericordiosa y pastoral en las llagas de la vida cotidiana; una mirada misericordiosa y pastoral, un pueblo capaz.

Las calles para encontrar a Jesús son infinitas, muchas veces la cercanía del Evangelio empieza por el deseo de ofrecer algo por los demás, no despreciemos nunca que los pobres mismos tienen una profunda capacidad de evangelizar y de clamar al verdadero sentido de la vida. Nuestro servicio a los pobres no pueden ser instituciones asistenciales u ONGs, sino que están llamados a comunicar algo profundo. Muchas veces se cree que se da a un pobre pero es el pobre quien da, es un misterio, es una realidad. Los periféricos de la vida muestran que el centro de

nuestra vida puede estar con ellos, para encontrar hace falta estar cerca, en las casas, en los lugares del dolor.

Escribe Francisco en *Evangelii Gaudium*: “*Los cristianos tienen el deber de anunciar el Evangelio sin excluir a nadie, no como quien pone una nueva obligación sino como quien comparte una alegría. La Iglesia no crece por proselitismo sino por atracción*”. Es clave: la Iglesia crece por atracción. La incompreensión de la fuerza de atracción de la vida cristiana, ha sido una de nuestras debilidades ante la evangelización. Hay mucho atractivo: la liturgia es atractiva, la oración, el contacto con los pobres, la amistad, la simpatía, el cristianismo es atractivo. Hoy Francisco ha sembrado simpatía por la Iglesia a través de los gestos o los medios de comunicación. Tenemos la responsabilidad de hacer crecer lo sembrado también lejos del recinto eclesial, las puertas abiertas de las iglesias son –dice el Papa– los signos concretos de esta apertura a todos. Siempre me he preguntado por qué nuestras iglesias tienen horarios extraños y cierran cuando la gente puede ir. Cómo te atraen las puertas abiertas de las iglesias.

Gregorio Magno afirmaba: este gesto del Señor que envía a los discípulos de dos en dos a predicar, significa que de ninguna forma debe ejercer el ministerio de la predicación si no tiene la caridad.

El amor y la amistad son atractivos, más que la predicación. No tenemos que estar empeñados en una comunicación ideológica. La amistad que circula entre los discípulos, el calor, la intensidad de la oración comunitaria, son atractivos. Una Iglesia de amigos de Dios, de amigos verdaderos, de amigos de los pobres, sabrá comunicar misericordia en un mundo de indiferencia o de odio. Debemos pedir, queridos amigos, al Espíritu el don de la simpatía inmensa. Pablo VI cerró el Vaticano II hablando de una simpatía inmensa de la Iglesia por el mundo. La misión se hace en la amistad con los demás, en la amistad. Me ha impresionado que el gran misionero jesuita en China del siglo XVI, que trabajó para comunicar el Evangelio en la cultura china, Matteo Ricci, escribiese un libro sobre la amistad. Quería decir: antes de la misión hay que construir un clima de amistad, no hay misión sin amistad, la amistad es el puente, una vida extrovertida que será amiga, capaz de simpatía de conversión.

No se trata de conquistar, sino de construir espacios de amistad en los que el Evangelio se vuelva atractivo. Juan Crisóstomo decía: “*es mejor vivir en las tinieblas a que te falten amigos*”. Quizá por esto hay hoy tanta oscuridad en nuestras ciudades: ciudades sin amigos.

Francisco ha hablado de la Iglesia como un hospital de campaña. Muchos en nuestro mundo están enfermos, muchos necesitan oración, los evangelios están llenos de hombres y mujeres marcados por las más variadas enfermedades, Jesús es esencialmente un predicador y un médico de las almas y de los cuerpos. Durante siglos de la lectura del Evangelio hemos escuchado las curaciones, ¿cómo las hemos practicado en la pastoral? La enfermedad se deja muchas veces en los márgenes de la vida, en una periferia de la normalidad. Mucha gente ante la enfermedad prójima de sus queridos siente la necesidad de rezar, pero no sabe cómo rezar. Me he preguntado ¿por qué no se reza más por los enfermos de vez en cuando en nuestras parroquias? Es la desesperación de muchos por ser curados y acompañados en la oración, en el dolor. La oración por los enfermos debe volver a entrar más en nuestras comunidades, el drama de los enfermos toca a nuestras puertas.

No hablaré mucho de los pobres, los habitantes de las periferias urbanas. Los pobres, repito, no son usuarios de los servicios sino hombres y mujeres con los que hablar, a los que hay que escuchar en su profecía muchas veces silenciosa, a los que hay que evangelizar y considerar parte de nuestra familia. Entre ellos no quiero olvidar a los ancianos, a quienes la sociedad les concede sólo una vida a medias, porque la idea corriente de vida plena coincide con la utilidad. De esta forma los ancianos tratan de hacerse los jóvenes hasta que se derrumban, son aislados en las instituciones, inutilizados, privados de la dignidad, condenados a discusión de la familia y periferiados en un espacio intermedio entre la ciudad y las periferias.

La Iglesia, casa de gran ciudad, descubre el valor de su presencia: los ancianos son una gran reserva de cariño, los ancianos son una gran reserva de memoria, su oración protege la Iglesia. En la Iglesia los ancianos tienen un futuro y la esperanza de la vida eterna. Esta visión de Joel: *“vuestrs ancianos tendrán sueños”*, es el sino de una Iglesia que da vida a las periferias de resistencia, los ancianos. La otra visión de Joel es *“vuestrs jóvenes verán visiones”*, el destino es construir una misión común con los jóvenes que miran al futuro de forma individual y competitiva. Una misión comunitaria quiere decir comunidad de encuentro entre ancianos y jóvenes, muchas veces los jóvenes necesitan maestros, referencias. Muchas veces hacemos de sociólogos hablando de pastoral juvenil, o nos lamentamos de la falta de jóvenes. El cardenal Martini decía: *“a veces me irrito cuando me hacen preguntas genéricas, por ejemplo ¿qué hay que hacer por los jóvenes?, la categoría “jóvenes” no dice nada, es puramente biológica, hay que tipificar lo más posible a las personas y a los jóvenes y pensar para cada uno una aproximación diferente”*.

Hemos hablado de conversión pastoral, pero no son exhortaciones románticas, no es un romanticismo argentino del Papa, los argentinos son románticos. No, vivamos la toma de conciencia de una gran tarea, quizá desmesurada para nuestras fuerzas, pero maravillosa, una tarea maravillosa: curar, ayudar, iluminar la humanidad enferma de la ciudad, plantar en las periferias humanas y urbanas a Jesús, centro de la vida. Una tarea fascinante, no hay otros que puedan realizarla, no hay otros.

La Misná relata lo que decía el gran sabio judío Hilel: *“donde no hay hombre, esfuérzate tú por ser un hombre”*. Quizá el señor ha respondido a la oración y ha mandado más obreros de los que pensamos, el Papa ha dicho al Consejo de los Laicos: *“también vosotros, por tanto, alzad la mirada y mirad fuera, mirad a los muchos allegados, a los numerosos laicos de corazón bueno y generoso que de buena gana pondrían al servicio del Evangelio sus energías, si fueran implicados, valorizados, por parte de los pastores”*.

En mi experiencia personal de los últimos años veo un crecimiento del ofrecimiento de la gente, y quieren ayudar y servir, un crecimiento. Ninguno puede perderse, ninguno, hay un mundo de responsabilidades que hay que promover. El ideal de un pastor coincide con el de Moisés: Moisés, hombre manso, verdadero líder del pueblo; Moisés intercesor. Cuando Josué fue a lamentarse de que otros profetizaban más allá de los setenta, le dijo *“¿Es que estás tú celoso por mí?, ojalá que otros profetizaran más allá de los setenta, ojalá que todo el pueblo de Dios profetizara porque el Señor les daba su Espíritu”*. Este es el sueño: un sueño de profetas, es decir, hombres y mujeres que hablen de Dios.

En la historia hemos tenido una concentración de responsabilidad en el ministerio sacerdotal, por lo que hoy muchas veces nos encontramos con una Iglesia clerical con pocos curas. No podemos mirar sólo las estructuras, las estructuras son el esqueleto del pueblo. El pueblo es la verdadera carne de la Iglesia, un pueblo vasto, contradictorio, estratificado, de culturas y edades diferentes. La Iglesia en la ciudad permanece como uno de los pocos lugares comunitarios. En un mundo donde las asociaciones, los partidos, las organizaciones, se van disolviendo y donde todo se convierte en virtual, por tanto individual, la Iglesia permanece como una comunidad.

Reuniones, encuentros, pero a su lado hombres y mujeres aislados. Las periferias de nuestras ciudades están vacías de vida social, son muchas veces desiertos de soledad donde no se encuentra quien escuche tu problema o quien comparta un poco de tiempo contigo. Hoy las dimensiones comunitarias y familiares de la vida se disuelven, incluso la familia es a veces una isla sellada. La Iglesia, con su espesor,

es comunitaria, familiar, popular. La Iglesia permanece como una profecía en la sociedad, recuerda lo que Dios dijo ya al primer hombre: *“No es bueno que el hombre esté solo”*, una profecía social y familiar.

Ser cristianos es un gran recurso de humanismo, los cristianos son un don de humanidad, los vemos en los acontecimientos más difíciles, los cristianos. El impacto con los refugiados y los migrantes, los cristianos. Donde estamos llamados a desempeñar un papel de primer rango. Las instituciones no integran, son las comunidades las que integran.

Muchas veces en la Biblia se habla de sueños, se habla de sueños para indicar una realidad más allá de nuestros horizontes. El Papa Francisco, finalmente, tiene un sueño evangélico y pastoral: *“El sueño de llegar a todos”*. Hablando de conversión pastoral, escribe: *“Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial, se convierta a un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual, más que para la autopreservación”*. Es un llamamiento, es una imploración por los sacerdotes, por los laicos, por los cristianos.

Concluyo con una pequeña historia. Se cuenta que en los años cuarenta el arzobispo de París, el cardenal Suhard, hizo que le llevaran a las periferias de la ciudad y miró a la gente, miró a la gente detrás de la ventanilla del coche y repetía llorando *“que ni uno sólo de estos pequeños se pierda”*, repetía llorando. Al recordar el inmenso esfuerzo realizado el Cardenal respondía *“en un siglo como este, el sentimiento del deber realizado es una trampa”*. A los primeros curas misioneros en la periferia les dijo: *“hay un muro que separa la Iglesia de las masas, hay que abatir este muro a toda costa para ofrecer Cristo a las multitudes”*.

En Francisco late esta gran pasión de los evangelizadores del cristianismo, es su sueño.

DIÁLOGO CON EL PONENTE

P. Aunque pueda parecer contradictorio con la idea de no mirar al pasado, yo sí querría –aunque fuera muy brevemente– que nos dijeras algo de un pasado reciente pero muy importante para la vida de la comunidad de Sant’egidio, cuando eras estudiante, en Roma, y te asomaste a las periferias. Qué sentiste y cómo ves ahora desde Francisco aquello.

P. Sobre los pasillos humanitarios.

P. Yo soy laico, y quería preguntar que tienen que hacer las parroquias, los sacerdotes, los curas, los laicos para que la conversión pastoral no sea solamente limitado al sacerdote, sino que nos puedan indicar y motivar más a los laicos.

R. Quiero decir algo sobre la última pregunta de la conversión pastoral. Yo creo que nuestro pueblo quiere sacerdotes, una Iglesia profética es una Iglesia en la que los pastores son profetas, directores de conciencia y guías. Yo creo que la *Amoris Laetitia*, por ejemplo, pide más sacerdotes, más presencia de sacerdotes en la vida. Pero una Iglesia que sea un pueblo profético, requiere laicos misioneros. No se trata –bueno, yo digo cosas que vosotros sabréis mucho mejor que yo–, no se trata de laicos que se radicalizan, sino de laicos que hablen del Evangelio, que creen un clima de amistad alrededor de la Iglesia, un clima de amistad en sí mismo. Porque el Papa insistiendo en la atracción nos da una clave fundamental para la evangelización, acaso a años del Concilio Vaticano II los que hablamos de evangelización, pero sabemos evangelizar un poco. Yo creo que el Papa lleva a la madurez el discurso del Concilio. Os he citado a Matteo Ricci: “*una Iglesia amiga es una Iglesia a través de la cual la Palabra de Dios fluye con más facilidad hacia el pueblo*”.

Quizá me equivoco pero el Papa no nos da reglas pastorales sino que pide una transformación profunda para una Iglesia en salida. La nuestra ha sido evangelizar por las periferias en la época de los años 60-70, una Iglesia que renaciese entre los pobres y entre los jóvenes. Yo creo que los pobres tienen mucho que enseñar a los jóvenes, y en esta sociedad en que nada es gratuito los pobres pueden enseñar el valor de la gratuidad, porque en el fondo los pobres, el servicio a los pobres, son una contestación profunda a una sociedad en la que todo tiene un precio.

La Iglesia se identifica con la gratuidad, en este sentido la Iglesia es profundamente contracorriente con la mentalidad de este mundo. Pero no contra este mundo, no contra los hombres, sino contra la orientación fundamental. Por eso los ancianos son signo fundamental, porque los ancianos son útiles y por eso son los grandes aliados de la Iglesia, y la evangelización irá adelante también por la oración de los ancianos.

Aquí hay un punto muy importante de la profecía de la Iglesia, en ese sentido el Papa Francisco no es todo, él indica un camino. En un cierto sentido su mensaje se deposita en nuestras manos, nosotros podemos decir “no”, podemos rechazarlo, pero nosotros podemos acogerlo, recibirlo, y nos da un impulso, pero no nos quita de esa responsabilidad. En este sentido Francisco dirige también, en el sentido de que hace una propuesta fuerte, y las propuestas fuertes meten en movimiento y crean discusiones.

Me piden que hable de los corredores humanitarios, seré brevísimo. Los corredores humanitarios han nacido ante una Europa cerrada. Nosotros decimos que los inmigrantes económicos se queden en sus países. ¿Y a dónde van los sirios cuando Siria es un país abandonado a la guerra? Hoy se ha parado la guerra en Siria pero siguen existiendo. Millones de refugiados en Turquía, en la pequeña Líbano, en Jordania, de ahí surgió la idea de abrir los corredores humanitarios y del gobierno italiano de conceder visados humanitarios por razones de humanidad, y a los enfermos, ancianos. Y todo pagado por la sociedad italiana, todos son acogidos por familias italianas, y la acogida funciona aquí y allá, con cualquier matrimonio, pero ya se han acogido a mil personas, especialmente sostenidos por las iglesias protestantes y por la Conferencia Episcopal Italiana.

Yo creo que mil personas son más de las que España ha acogido y esto es un poco vergüenza para nuestros países europeos. Se ha firmado también un corredor humanitario para quinientas personas, uno de los últimos actos de Holland. Nosotros esperamos que también España pueda abrir las puertas a los corredores humanitarios. También me parece que esta es una de las soluciones que proponemos.